

# Israel y la guerra en Gaza:

## RAZONES, ESCENARIOS, AUTOCRÍTICAS

---

### VOCES PLURALES

---

La política exterior de Israel, sobre todo a raíz de la ocupación de los territorios palestinos tras la Guerra de los Seis Días, provocó que un amplio sector de la opinión internacional adoptara posturas cada vez más críticas ante el Estado israelí. El tratamiento del tema en la revista *Vuelta* correspondió a ese patrón. En 1977 escribí una reseña sobre el libro *Jerusalén, ida y vuelta*, de Saul Bellow, donde no sólo reconocía el drama palestino sino que recogía las posiciones de autocrítica que comenzaban a aflorar en la academia israelí. Al poco tiempo, traduje una entrevista con Gershom Scholem en la que el célebre estudioso de la cábala y el misticismo reprochaba los movimientos mesiánicos judíos que invocaban (e invocan aún) inadmisibles justificaciones religiosas para ocupar las tierras palestinas. En 1980 publicamos la “Carta abierta a Menachem Beguin” del historiador Jacob Talmon, moderno profeta que, como el Amós bíblico, pareció obedecer la voz de Dios: “Escucha y atestigüa *contra* la casa de Israel.” Talmon la había escrito semanas antes de morir. En ella sostenía que la política de asentamientos y la ocupación de los territorios palestinos constituían “un error fatal”: “El deseo de dominar e incluso gobernar una población extranjera hostil que difiere de nosotros en idioma, historia, economía, cultura, religión, conciencia y aspiraciones

nacionales, es una tentativa de revivir el feudalismo [...] La combinación de sometimiento político y opresión nacional y social es una bomba de tiempo.” Más ominoso aún que esos problemas seculares era para Talmon el resurgimiento de una peligrosa variante del redentorismo, que interpretaba la victoria en la Guerra de los Seis Días de 1967 como una especie de compensación metahistórica del exterminio nazi. “Nada hay más despreciable ni dañino que usar sanciones religiosas en un conflicto entre naciones”, advertía, coincidiendo con Scholem. Talmon profetizó con todas sus letras que esa mezcla maligna de la esfera religiosa con la política desvirtuaba por completo el sentido espiritual de Israel, lastimaba el legado moral del pueblo judío y corría el riesgo de “provocar en los musulmanes una *Yibad*”.

A partir de entonces, las ideas de Talmon han guiado mis convicciones y el tratamiento que *Letras Libres* ha dado al complejísimo problema. Creo que en 1967 Israel perdió la gran oportunidad de intentar la paz en la región. El entorno era adverso y el encono profundo, pero vistos a la distancia ambos eran infinitamente menores que los actuales. En lugar de explorar ese camino (como sugería el propio Ben Gurión), Israel optó por convertirse en una potencia colonial, con los resultados previstos puntualmente por Talmon. Estoy convencido de que el problema sólo podrá solucionarse alguna vez con el establecimiento de un Estado palestino que en reciprocidad otorgue pleno reconocimiento y seguridad a

la legítima existencia de Israel, dentro de fronteras significativamente similares a las de 1967. Y creo que esa eventual transición no podrá comenzar siquiera sin una presencia internacional sustantiva en la zonas limítrofes que han sido el escenario del reciente conflicto.

¿Qué tiene que ver todo esto con el antisemitismo mexicano? Tiene mucho que ver. La derecha antisemita heredera de Salvador Borrego y de las “Camisas Doradas” del fascismo gravita aún en torvas organizaciones como “el Yunque” y de vez en cuando asoma su rostro hasta en el PAN y sus altos representantes. Esa corriente no tiene opiniones sobre Israel. Odia a los judíos y punto. Pero en términos culturales, el desarrollo más preocupante es el fortalecimiento de una nueva corriente antisemita en ciertos sectores de la izquierda mexicana. Que la izquierda critique la política israelí de las últimas décadas me parece, repito, explicable. De hecho, no es preciso ser de izquierda para comulgar con algunos aspectos de esa crítica. Basta tener convicciones liberales. Pero en los últimos años algunos órganos influyentes de la izquierda han dado un giro editorial que ya no sólo es indiscriminadamente antiisraelí (hecho que ya es, en sí mismo, sospechoso) sino abiertamente antisemita (por supuesto, utilizo el término en su acepción usual: la aversión a los judíos).

De pronto, las tesis conspiratorias de *Los protocolos de los sabios de Sión* (ese panfleto inventado por la Ojrana zarista sobre la supuesta conspiración judía para dominar el mundo) se recogen ahora sin el menor recato en páginas indignas de la tradición democrática e histórica de la izquierda. E indignas también de la historia de esos mismos medios que tanto lucharon por la democracia mexicana y que alguna vez acogieron en sus páginas a voces de verdad plurales.

Uno de los arbitrios más socorridos de la mentalidad antisemita es la amalgama del Holocausto con el drama palestino. No son homologables: ni por su historia, contexto, magnitud o naturaleza, y menos todavía por su sentido o intención. El intento de borrar de la tierra a todo un pueblo no es comparable con la guerra de Gaza. Israel —con todos sus pecados— no ha buscado borrar del mapa al pueblo palestino: es Hamás, y su sede iraní, la que tiene ese designio con respecto a Israel. Por lo demás, la amalgama de todos los males deriva en la banalización del mal: si el asesinato de seis o seiscientos es lo mismo que el de seis millones (aunque la muerte de los seis o seiscientos inocentes sea desde luego reprobable) el mal resulta relativo, el mal no importa.

Siendo un episodio sin precedentes en la historia humana, el Holocausto no atenúa los horrores del capitalismo ni los crímenes colectivos (mucho mayores) del totalitarismo, ni empequeñece genocidios étnicos como el armenio de principios del siglo XX y los que, en nuestro propio tiempo y ante la indiferencia general, ocurren en África. El Holocausto tampoco otorga superioridad moral a los judíos por haberlo padecido ni legítima los crímenes que el Estado israelí haya

cometido y cometa. Pero el Holocausto (y el pueblo judío, en su milenaria historia) merece respeto, aunque sea el respeto de la circunspección y el silencio. Y, en todo caso, el comportamiento del pueblo judío tampoco es homologable con el de los gobiernos israelíes.

La complejidad del Medio Oriente ya ha sido abordada en *Letras Libres* con anterioridad. Pienso en los ensayos de Ana Nuño, David Rieff, Joseph Hodara, Isabel Turrent, Valentí Puig o Alain Finkielkraut. Destaco en particular el ensayo del filósofo israelí Avishai Margalit, publicado en el número de mayo de 2008 y titulado “Si Israel es la respuesta, ¿cuál era la pregunta?”, que resume mejor que ningún otro la postura de la revista sobre el tema.

En este número de *Letras Libres* hemos decidido abordar la reciente tragedia de Gaza a través del pensamiento de diversos intelectuales, algunos israelíes, todos de origen judío. Unos explican la guerra, la contextualizan y en cierta medida la justifican. Otros trazan escenarios futuros. Otros la critican.

En *Letras Libres* creemos en la diversidad, la pluralidad, la tolerancia. Creemos en la crítica y damos voz a la autocrítica. Ojalá los órganos que ahora representan al antisemitismo de izquierda ejerzan la irrenunciable libertad de expresión con ese mismo respeto y apertura. —

— ENRIQUE KRAUZE

---

## LOS MOTIVOS DE LA GUERRA

---

**E**scribo estas notas a quince días del inicio de la ofensiva israelí contra los militantes de Hamás que operan en la estrecha franja de Gaza. De momento sólo cabe especular sobre el tipo de arreglo —militar, político o diplomático— que pondrá fin a la contienda. La resolución 1680 concertada recientemente por el Consejo de Seguridad de la ONU no es aceptable para el trío Israel-Egipto-Autoridad Palestina, que, en medidas desiguales, animó el ataque. Incluso Hamás no la apoya plenamente, a pesar de que, por vez primera, un organismo mundial le concede el estatuto de “república” escindida del poder palestino asentado en Ramala.

Una circunstancia adicional entorpece un balance de la situación y de su probable evolución: los medios de información son parciales y, con frecuencia, distorsionan en ambos bandos la realidad. Por primera vez en las múltiples empresas militares de Israel se les ha prohibido a los soldados llevar consigo celulares a fin de esquivar cualquier identificación por parte del enemigo; tampoco los periodistas pueden ingresar a la franja. Por otro lado, las informaciones y fotografías difundidas por Hamás son sesgadas, lo que no impide su difusión tanto en Israel como en redes internacionales.

Con estas reservas enumeraré los motivos que inspiraron la acción israelí:

1. Las poblaciones israelíes (ciudades y aldeas) cercanas a Gaza han padecido, durante ocho años, ataques con cohetes (más de diez mil) que perfeccionaron su puntería y capacidad destructiva con el tiempo. La reacción de Jerusalén fue pasiva: vedar el tráfico de mercancías y el suministro de electricidad a la franja de manera intermitente, sin causar entorpecimientos insostenibles a la población gobernada por Hamás.

2. La cercanía de las elecciones (20 de febrero) apresuró esta operación. Las encuestas conceden el triunfo a la derecha nacionalista y religiosa jefaturada por Benjamín Netanyahu. Los candidatos rivales –Tzipi Livni, hoy canciller, y Ehud Barak, ministro de Defensa– calcularon que una ofensiva exitosa disminuiría el descontento de las poblaciones sureñas abrumadas por los proyectiles y, en general, ampliaría el apoyo nacional al presente gobierno.

3. El inicio de las operaciones militares contó con el apoyo del presidente egipcio Mubarak (Livni viajó a El Cairo una semana antes para concretar este entendimiento) y de Abu Mazen, presidente de la Autoridad Palestina. El primero, a sus ochenta años y sin un heredero aceptable, teme que Hamás, como movimiento religioso fundamentalista derivado de los Hermanos Musulmanes que pretenden derribar su gobierno secular desde hace casi tres décadas, le arrebate el poder en la azarosa transición política que experimentará el país del Nilo. Por su parte, Abu Mazen debía renunciar a su cargo en la segunda semana de enero y llamar a elecciones, en las que, con alta probabilidad, Hamás habría desplazado a Al Fatah; viraje ciertamente inaceptable para el presidente palestino.

4. La ofensiva se inició en los últimos días de 2008, cuando organismos internacionales, gobiernos y opinión pública se entretenían con los festejos del Nuevo Año. Las autoridades israelíes consideraron que esta circunstancia provocaría dilaciones en la reacción europea y norteamericana. No se equivocaron.

5. La presencia de Bush y de su séquito en la Casa Blanca apresuró indudablemente la decisión militar. Supuso Israel que, en sus últimos días de gobierno, el presidente otorgaría firme espaldarazo a un ataque dirigido a eliminar partidarios del “eje del Mal”. En los primeros siete días de la operación contra Gaza, esta conjetura se demostró cierta. Ya no lo es considerando la postura de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad.

6. Finalmente, a su llegada a la Casa Blanca el próximo 20 de enero, Barack Obama estará obligado a definir su postura al respecto. Israel anticipó que el flamante presidente propondrá un arreglo que ninguna de las partes podrá rechazar, arreglo que implicará probablemente el envío de fuerzas internacionales a la frontera entre Gaza y Egipto, que Hamás impugna de momento. —

— JOSEPH HODARA

## LAS FALSAS CONJETURAS DE ISRAEL

El Canal 1 transmitió un programa interesante hace poco: sus corresponsales reportaron desde Sderot y Ashkelon, pero las imágenes en pantalla eran de la franja de Gaza. Así, la transmisión, aunque sin la intención de hacerlo, dio el mensaje correcto: un niño en Sderot es lo mismo que un niño en Gaza, y cualquiera que les haga daño es perverso.

Pero el asalto a Gaza no exige en primera instancia una condena moral: exige unos cuantos recordatorios históricos. Tanto la justificación del asalto como los objetivos escogidos son una repetición de las mismas conjeturas elementales que han demostrado estar erradas a lo largo del tiempo, pero que Israel sigue sacando de su sombrero una y otra vez, en una guerra tras otra.

Israel está golpeando a los palestinos para “darles una lección”. Esa es una conjetura elemental que ha acompañado a la empresa sionista desde sus inicios: “nosotros somos los representantes del progreso y la ilustración, de la racionalidad sofisticada y la moralidad, en tanto que los árabes son primitivos, chusma violenta, niños ignorantes que deben ser educados y a quienes se les debe enseñar el conocimiento” —vía, por supuesto, el método del palo y la zanahoria, tal y como el ganadero hace con su burro.

El bombardeo de Gaza supuestamente también debe “liquidar el régimen de Hamás”, en línea con otra conjetura que ha acompañado al movimiento sionista desde sus inicios: que es posible imponer un liderazgo “moderado” a los palestinos, uno que abandonaría sus aspiraciones nacionales.

Como corolario, Israel siempre ha creído que causarles sufrimiento a los civiles palestinos los hará rebelarse contra sus líderes nacionales. Esta conjetura ha demostrado estar equivocada una y otra vez.

Todas las guerras de Israel han estado basadas en otra conjetura elemental: que sólo nos estamos defendiendo. “Medio millón de israelíes están bajo fuego”, chilló un encabezado del *Yedioth Ahrontz*, como si la franja de Gaza no hubiera estado sometida a un largo cerco que destruyó las oportunidades de una generación entera de vivir vidas dignas de vivirse.

Es cierto que es imposible vivir bajo el fuego diario de los misiles, incluso si virtualmente no hay lugar en el mundo que hoy goce de una situación de cero terror. Pero Hamás no es una organización terrorista que tenga secuestrados a los habitantes de Gaza: es un movimiento nacional religioso y una mayoría de los habitantes de Gaza creen en su trayectoria. Uno puede, sin duda, atacarlos y, con las elecciones del Knesset a la vuelta de la esquina, este ataque puede incluso producir algún tipo de cese al fuego. Pero hay otra verdad histórica que vale la pena recordar en este contexto: desde los albores de la presencia sionista en la tierra de Israel, ninguna operación militar ha logrado avanzar en el diálogo con los palestinos.

Lo más peligroso de todo es el cliché de que no hay nadie con quien hablar. Eso nunca ha sido cierto. Incluso hay maneras de hablar con Hamás, e Israel tiene algo que ofrecerle a esa organización. Acabar con el cerco de Gaza y permitir el libre movimiento entre Gaza y Cisjordania podría rehabilitar la vida en la franja.

Al mismo tiempo, vale la pena desempolvar los viejos planes que se trazaron después de la Guerra de los Seis Días, según los cuales miles de familias serían reubicadas de Gaza a Cisjordania. Esos planes nunca se implementaron porque Cisjordania había sido elegida para el asentamiento de los judíos. Y esa fue la conjetura más dañina de todas. —

— TOM SEGEV

© Haaretz

Traducción de Julio Trujillo

## LO QUE LA OPINIÓN PÚBLICA OLVIDA CUANDO CRITICA A ISRAEL

**A**l no ser un experto militar, me abstendré de juzgar si los bombardeos israelíes sobre Gaza pudieran estar mejor dirigidos, ser menos intensos. Al no ser capaz, desde hace décadas, de distinguir entre los buenos muertos y los malos muertos o, como solía decir Camus, entre las “víctimas sospechosas” y los “verdugos privilegiados”, a mí también me perturban profundamente las imágenes de los niños palestinos muertos.

Dicho lo anterior, y tomando en cuenta que ciertos medios se han dejado arrastrar una vez más por los vientos de la insensatez —como sucede siempre que se trata de Israel—, quisiera recordar a todos algunos hechos:

1. Ningún gobierno en el mundo, ningún otro país más que el vilipendiado Israel —arrastrado por el lodo, satanizado— toleraría que miles de proyectiles caigan sobre sus ciudades, año tras año. Lo más sorprendente de este asunto, la verdadera sorpresa, no es la “brutalidad” de Israel sino, precisamente, su refrenamiento.

2. El hecho de que los misiles de Hamás, los Qassam y ahora los Grad, hayan causado pocas muertes no prueba que sean artesanales, inofensivos, sino que los israelíes se protegen, viven encerrados en las cuevas de sus edificios, bajo resguardo: una existencia de pesadilla, suspendida entre el sonido de las sirenas y las explosiones. He ido a Sderot: yo sé.

3. El hecho de que, a la inversa, los misiles israelíes produzcan tantas víctimas no significa, como han exclamado los opositores, que Israel esté enfrascado en una “masacre” deliberada, sino que los líderes de Gaza han elegido la actitud opuesta y exponen a su población, recurren a la vieja táctica del “escudo humano”. Lo que significa que Hamás, como Hezbolá hace dos años, instala sus centros de mando, sus

arsenales, sus búnkeres en los sótanos de edificios, hospitales, escuelas, mezquitas. Eficiente, pero repugnante.

4. Hay una diferencia capital entre los combatientes que quienes desean tener una idea “correcta” de la tragedia, y de los medios para ponerle fin, deben entender: los palestinos han disparado sobre ciudades, en otras palabras, sobre civiles (lo que en derecho criminal internacional se llama “un crimen de guerra”); los israelíes apuntan hacia objetivos militares y causan, sin buscarlo, fatalidades civiles terribles (lo que en el lenguaje de la guerra se llama “daño colateral” —algo que, aun cuando es detestable, apunta hacia una asimetría real de estrategia y moral).

5. Porque tenemos que poner los puntos sobre las íes, traeremos a cuento un hecho que, extrañamente, la prensa francesa rara vez ha reportado y del que no conozco antecedente en ninguna otra guerra o en ningún otro ejército: durante la ofensiva aérea, el ejército israelí sistemáticamente avisó a los residentes de Gaza que vivían cerca de objetivos militares y los conminó a evacuar —un ministro israelí dijo que realizaron cien mil llamadas telefónicas. Es obvio que esto no aligera la desesperación de las familias cuyas vidas han sido devastadas por la matanza, pero es un detalle no totalmente desprovisto de sentido.

6. Por último, acerca del famoso bloqueo total impuesto sobre una población hambrienta y desprovista de todo en esta crisis humanitaria “sin precedentes”: de nuevo, esto no se apega a los hechos. Desde el principio de la ofensiva terrestre, los convoyes humanitarios han cruzado sin parar el pasaje Kerem Shalom. De acuerdo con *The New York Times*, el 31 de diciembre casi cien camiones cargados con comida, enseres y medicinas entraron al territorio. Y reparo, sólo para dejar constancia de ello, en el hecho de que los hospitales israelíes continúan, incluso ahora mientras escribo, aceptando y cuidando a palestinos heridos a diario.

Esperemos que los combates terminen pronto. Y, más pronto aún, esperemos que los comentaristas regresen a sus cabales. Descubrirán, cuando lo hagan, que Israel ha cometido muchos errores a lo largo de muchos años (oportunidades perdidas, una larga negativa a reconocer las demandas nacionales palestinas, unilateralidad), pero descubrirán también que los peores enemigos de los palestinos son los líderes extremistas que nunca han querido la paz, nunca han querido un Estado y nunca han concebido a sus seguidores como otra cosa que instrumentos y rehenes. (Considere la siniestra imagen del líder supremo de Hamás, Khaled Meshal, quien el sábado 27 de diciembre, cuando la escala de la anhelada respuesta israelí quedaba clara, sólo atinó a declarar un regreso a las misiones suicidas —todo esto desde su cómodo exilio, en su mullido sillón en Damasco.)

— BERNARD-HENRI LÉVY

© *New York Times* Syndicate

Traducción de Pablo Duarte

## EL BELICISMO ISRAELÍ

La mayor parte de las conversaciones que he mantenido con israelíes sobre la guerra en Gaza se han reducido a esto:

Yo: Israel se está pegando un tiro en el pie.  
Israelí: ¡Pero tenemos derecho a disparar!

Gente rara, los israelíes. Estoy convencido de que el intenso asalto a Gaza que, a la fecha de escribir estas palabras, ha matado a más de mil palestinos y herido a más de cuatro mil, de los cuales más de la mitad son civiles y la tercera parte son menores de edad (según cifras del Ministerio de Salud palestino), está haciendo daño a Israel en el largo plazo, aunque consiga el objetivo a corto plazo de reducir el fuego de misiles de Hamás. Hamás no será eliminada. Probablemente podrá rearmarse con el tiempo, aunque esté constreñida temporalmente. La guerra ha aumentado el número de palestinos dispuestos a hacerse volar a sí mismos con tal de matar a israelíes. Y ha desatado una gran ola de sentimientos contra Israel en todo el mundo. Si uno revisa blogs y comentarios sobre artículos periodísticos, está claro que incluso muchos judíos en el extranjero se sienten muy incómodos con lo que está haciendo el Estado judío.

Pero cuando le dices a un israelí que crees que el país está dañando sus propios intereses, él cree que quieres decir que debería tumbarse y no hacer nada. Cuando dices que Israel debería defenderse de un modo inteligente, él da por hecho que estás cuestionando por completo su derecho a defenderse. Cualquier crítica, aunque sea constructiva, es percibida como un ataque, un intento de socavar la legitimidad del país.

Ha sido extraordinario observar la solidaridad nacional alrededor de la Operación Plomo Fundido. Después de casi tres semanas, el apoyo a la guerra en Israel, según las encuestas, es de más del noventa por ciento. ¿De qué debe estar hecha esa gente para encogerse de hombros cuando todo el mundo está blandiendo el puño y llamándoles asesinos?

Parte de la respuesta, por supuesto, es que las naciones siempre muestran solidaridad en tiempos de guerra. La prensa se vuelve patriótica, las bajas enemigas son ignoradas y la principal preocupación es el bienestar de los hijos mandados al frente. Para muchos israelíes del centro y de la derecha cualquier atención al sufrimiento palestino está totalmente fuera de lugar. Un correo que circula actualmente se burla de las ocasionales entrevistas telefónicas que la televisión israelí mantiene con palestinos de Gaza: “Ibrahim, ¿cómo estás ahí, a oscuras, con las bombas? ¿Qué haces cuando hay bombardeos? ¿Tienes refugio? ¿Tienes comida?” Si no fuera real sería divertido.

“Nos fuimos de Gaza, pusimos una valla fronteriza entre nosotros y ellos, estamos en guerra con ellos, con la gente sentada al otro lado de esa valla. ¿Quizás alguien debería poner punto final a esas estúpidas entrevistas? ¿Por qué seguimos humanizándolos? No entiendo esos constantes intentos de mostrar el otro lado de la historia.”

Fue igual durante las dos primeras semanas de la segunda guerra del Líbano en 2006, hasta que quedó gradualmente claro que el ejército estaba empantanado en una lucha que no podía ganar. Esta vez el Estado se ha asegurado de evitar esos errores: se pasó dos años haciendo cuidadosos planes de batalla, volvió a entrenar al ejército, se quedó con los teléfonos móviles de los soldados para que no puedan contar terribles historias desde el frente.

Y la televisión israelí apenas muestra alguna de las imágenes de carnicería que han inflamado las emociones en todo el mundo. Cuando muestra imágenes de Gaza, son normalmente tomas a larga distancia de humo alzándose de alguna parte de la ciudad de Gaza, o de edificios destruidos después de un bombardeo, cuando la sangre y los cadáveres ya han sido retirados. En consecuencia los israelíes viven en una especie de burbuja. Ni son plenamente conscientes de lo que está sucediendo en Gaza ni quieren serlo. Y albergan pocas dudas sobre la justicia de la guerra o su efectividad.

Por supuesto que hay algunos disidentes, la mayoría en las alas progresistas de la prensa israelí. La mayoría de ellos cree que una firme respuesta a Hamás, después de años de recibir fuego de cohetes, está justificada. Pero cada vez parecen más preocupados por la espiral de muertes palestinas, la mayor cantidad en un solo enfrentamiento desde que Israel ocupó Cisjordania y Gaza, y el efecto que eso tendrá en la opinión mundial o en los propios palestinos. Algunos cuestionan su eficacia para prevenir futuras guerras. Unos pocos—muy, muy pocos—creen incluso que está moralmente mal.

Pero para la mayoría de la ciudadanía los que albergan dudas son *iefei nefesh*, “gente con el alma bella”, progresistas angustiados. Hamás, dice la mayoría, es responsable por las muertes civiles, ya que sus militantes se esconden en las zonas más densamente pobladas, utilizando a la gente como escudos humanos.

“Sí, seguro, es terrible la cantidad de gente que está muriendo allí”, me dijo un taxista el otro día, “pero ¿qué podemos hacer? ¿Cuánto tiempo podemos seguir recibiendo misiles?” “¿Pero cree que esta guerra traerá calma a Israel?”, pregunté. “¿Quién lo sabe? Pero tenemos que defendernos.”

Esa es la clave. Aunque algunos israelíes ven que la guerra podría ser contraproducente a largo plazo, esto no les importa especialmente. Lo importante es que Israel ha mostrado sus músculos, se ha enfrentado al enemigo, no se ha comportado dócilmente como lo hacían los judíos en el Holocausto. La razón por la que Israel fue creado era para que el pueblo judío nunca volviera a ser tan débil.

Eso hace que la sombra del pasado ciegue a la gente para los riesgos del futuro.

Por cierto, la actitud de los palestinos es igual de ciega, si no peor. Muchas de las conversaciones que he mantenido con palestinos durante los últimos cuatro años cubriendo el conflicto se han reducido a esto:

Yo: ¿Qué bien les han traído todos esos cohetes y hombres bomba?

Palestino: ¡Pero tenemos derecho a la resistencia!

Ojalá las dos partes comprendieran lo similares que son. —

— GIDEON LICHFIELD

*Traducción de Ramón González Férriz*

## EL PACIFISMO ISRAELÍ

**A**vishai Margalit, profesor de la Escuela de Estudios Históricos del Institute for Advanced Study, en Princeton, Nueva Jersey, ha analizado durante años el dilema moral y político de la guerra israelí-palestina desde dos puntos de vista: primero, como uno de los principales filósofos políticos del mundo, estudiando lo que es y no es aceptable en tiempos de guerra; y segundo, como miembro prominente del movimiento Paz Ahora, que ha pensado cómo se puede transmitir el mensaje de paz a los ciudadanos judíos sin parecer un derrotista.

“Antes la gente preguntaba ‘¿Dónde estabas tú en 1948 [durante la Guerra de Independencia de Israel]?’”, dice Margalit, “pero hoy la gente está más interesada en conocer la respuesta a la pregunta: ‘¿Dónde estabas tú cuando se celebró la primera manifestación de protesta antigüerra?’”

Por lo que respecta a la justificación, Margalit sostiene que la guerra debe ser un último recurso. A su modo de ver, el gobierno israelí no agotó todas las demás opciones antes de embarcarse en la operación militar en Gaza. El gobierno convenció a la ciudadanía de que Israel se había retirado de la franja de Gaza a pesar del hecho de que un millón y medio de personas ha estado viviendo en una cárcel gigante durante años. La experiencia de Israel en el Líbano debería haberle enseñado la futilidad del concepto de “grabar con fuego un mensaje en la conciencia” de la población civil por medio de castigos colectivos que tratan de incitarles a rebelarse contra las fuerzas hostiles a Israel. Margalit cree que las perspectivas de alcanzar un acuerdo con Hamás, que es responsable del bienestar de su gente, son mucho mayores que las perspectivas de “grabar con fuego un mensaje en la conciencia” en Gaza.

Acercas de la conducta justa o injusta de la actual campaña militar, Margalit considera que ninguna guerra puede librarse sin cometer crímenes de guerra. A su juicio, el bombardeo

israelí de las ciudades junto al Canal de Suez en la Guerra de Desgaste fue un crimen de guerra, como lo fue el bombardeo británico de ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial, que acabó con la vida de setecientos mil civiles inocentes. Con todo, Margalit propone que el término “crimen de guerra” no sea utilizado indiscriminadamente. Esa tarea se vuelve especialmente complicada cuando un Estado se halla en confrontación armada con un enemigo que no es un ejército regular y cuyos combatientes no llevan uniformes; en esas circunstancias, es a veces difícil distinguir entre combatientes y civiles.

A Margalit no le gusta el término “proporcionalidad”, que se convirtió en la palabra eslogan del ex presidente del Tribunal Supremo Aaron Barak. En un veredicto aprobado hace dos años por el Tribunal Supremo, como Alto Tribunal de Justicia sobre las “eliminaciones selectivas” (asesinatos de jefes militares palestinos por fuerzas de seguridad israelíes), Barak escribe que disparar a un francotirador que está disparando a soldados o civiles desde el balcón de un piso es proporcional aunque, como resultado, un civil que viva al lado resulte muerto o herido. En contraste, Barak señala en ese veredicto que el bombardeo de ese mismo edificio, con la muerte o lesión de docenas de sus ocupantes como resultado, no es proporcional. Margalit se pregunta si uno puede hablar de proporcionalidad cuando un misil es disparado indiscriminadamente a un denso vecindario residencial de Gaza en respuesta al disparo indiscriminado de cohetes Qassam a la ciudad israelí de Sderot. El principio de “ojo por ojo”, dice Margalit, no puede aplicarse a sociedades como las nuestras, que creen en “un ojo por un diente”. —

— AKIVA ELДАР

© Haaretz

*Traducción de Ramón González Férriz*

## EL ARGUMENTO DE LA PROPORCIONALIDAD

**H**ablemos acerca de la proporcionalidad —o de algo todavía más importante: su forma negativa. “Desproporcionado” es el término crítico favorito en las presentes discusiones sobre la moralidad de la guerra. Pero la mayoría de la gente que lo utiliza no sabe qué significa en el ámbito del derecho internacional o de la teoría de la guerra justa. Extrañamente, no se dan cuenta de que el término se ha usado mucho más para justificar que para cuestionar lo que podríamos considerar como violencia excesiva. Es una idea peligrosa.

Proporcionalidad no significa “ojo por ojo”, como en las contiendas familiares. Los Martínez matan a tres González, y en respuesta los González deben matar a tres Martínez. Si matan a más de tres, estarían rompiendo las reglas de la con-

tienda, donde proporcionalidad significa simetría. El uso del término es distinto con respecto a la guerra, porque la guerra no es un acto de castigo; no es una actividad que mire hacia atrás, y la ley del “quedar en tablas” no aplica.

Nos guste o no, la guerra siempre es una actividad dirigida hacia un propósito: tiene una meta, contempla un fin. El fin, con frecuencia, es erróneo, pero no siempre: derrotar a los nazis, rescatar Kuwait, destruir las armas de destrucción masiva iraquíes. La proporcionalidad implica una medida, y aquí la medida es el valor del fin que se contempla. ¿Cuántas muertes civiles “no están en desproporción con” el valor de derrotar a los nazis? Si se responde a esa pregunta, planteada de ese modo, lo más probable es que estemos justificando demasiado —y esa es la manera en que los argumentos de proporcionalidad han funcionado la mayor parte de su historia.

Sucede lo mismo con los argumentos aplicados a actos particulares de guerra. Tomemos el ejemplo de un bombardeo norteamericano a una fábrica de tanques alemanes en la Segunda Guerra Mundial que mata a varios habitantes de los alrededores. La justificación va como sigue: la cantidad de civiles muertos “no está en desproporción con” el daño que esos tanques iban a producir en los días y meses por venir si hubieran seguido rodando en la línea de producción. Es un buen argumento, y en efecto justifica alguna cantidad de las muertes civiles no deseadas. Pero ¿qué cantidad? ¿Cómo se determina un límite superior, dado que podría haber muchos tanques y mucho daño?

Dado que los argumentos de proporcionalidad miran hacia delante, y dado que no tenemos un conocimiento concluyente sino sólo especulativo acerca del futuro, necesitamos ser muy cautelosos al usar esta justificación. Los comentaristas y críticos que la utilizan hoy en día, sin embargo, no están siendo en absoluto cautelosos; no están haciendo ningún tipo de juicio moderado, ni siquiera de clase especulativa. Para ellos, la violencia “desproporcionada” es sencillamente la violencia que no les gusta, o es violencia cometida por gente que no les simpatiza.

Así, se ha considerado la guerra de Israel en Gaza como “desproporcionada” desde el primer día, antes de que nadie supiera realmente cuántas personas habían muerto o quiénes eran. El argumento estándar de proporcionalidad, mirando hacia delante como estos argumentos correctamente hacen, vendría del otro lado. Antes de los seis meses de cese al fuego (durante los cuales los ataques nunca se suspendieron), Hamás sólo contaba con cohetes primitivos y caseros que podían atacar pequeños pueblos aledaños en Israel. Para el final de los seis meses tenían cohetes bastante más avanzados, ya no caseros, que pueden atacar ciudades situadas a treinta o cuarenta kilómetros de distancia. Seis meses más del mismo tipo de cese al fuego —algo que muchas naciones de la ONU solicitaban— y Hamás tendría cohetes capaces de atacar Tel Aviv. Y esta es una organización explícitamente comprometida con

el objetivo de destruir Israel. ¿Cuántas víctimas civiles “no están en desproporción con” el valor de evitar el bombardeo de Tel Aviv? ¿Cuántas bajas civiles, en opinión de los líderes norteamericanos, “no estarían en desproporción con” el valor de evitar un bombardeo de Nueva York? La respuesta es, de nuevo, demasiadas. Debemos hacer cálculos de proporcionalidad, pero esos cálculos no van a ofrecer lo más importante: la definición de los límites morales de la guerra.

Estas son las preguntas que apuntan hacia la importancia de los límites. La primera: antes de que la guerra comience, ¿existen otras maneras de alcanzar el fin contemplado? En el caso de Israel esta pregunta ha determinado los intensos debates políticos surgidos desde que sus tropas se retiraron de Gaza: ¿cuál es la manera correcta de detener los ataques con cohetes?, ¿cómo garantizar que Hamás no adquirirá cohetes cada vez más avanzados? Se ha abogado por muchas políticas, y muchas se han puesto en práctica.

La segunda: una vez que el combate comienza, ¿quién es responsable de poner civiles en la línea de fuego? Vale la pena recordar que en la guerra del Líbano de 2006 Kofi Annan, entonces secretario general de la ONU, aunque criticó a Israel por una reacción “desproporcionada” al ataque de Hezbolá, también criticó a Hezbolá no sólo por disparar cohetes contra civiles sino por dispararlos desde áreas civiles densamente pobladas, de modo que cualquier reacción inevitablemente iba a matar o lesionar civiles. No creo que el nuevo secretario general haya hecho la misma crítica de Hamás.

La tercera pregunta: ¿está el ejército atacante actuando de maneras concretas para minimizar los riesgos que imponen sobre los civiles? ¿Está tomando riesgos él mismo para lograr ese propósito? Los ejércitos escogen tácticas que son más o menos protectoras de la población civil, y los juzgamos por estas decisiones. No he escuchado hacerse esta pregunta con respecto a la guerra de Gaza a los críticos en los medios de comunicación occidentales. Es una pregunta difícil, ya que cualquier respuesta tendría que tomar en cuenta las decisiones tácticas de Hamás.

De hecho, las tres son preguntas difíciles, pero son las que se tienen que preguntar y responder si queremos hacer juicios morales serios acerca de Gaza o cualquier otra guerra. La pregunta “¿es esto desproporcionado?” no es de ningún modo difícil para la gente ávida por responder “sí”, pero, preguntada con honestidad, la respuesta con frecuencia será “no”, y esa respuesta puede justificar más de lo que deberíamos justificar. Hacer las preguntas difíciles y preocuparse acerca de las respuestas correctas son las obligaciones morales de críticos y comentaristas, quienes se supone deben iluminarnos acerca de las obligaciones morales de los soldados. No ha habido demasiada luz estos últimos días. —

— MICHAEL WALZER

© Dissent

Traducción de Humberto Beck

---

## LA CRISIS HUMANITARIA EN GAZA

---

**H**ay una alarmante situación humanitaria aquí. Independientemente de las opiniones que uno tenga sobre Israel o Hamás, eso hay que solucionarlo. Ni siquiera las provisiones de primera necesidad están entrando en Gaza. Además de las más de mil muertes, un cuarto de las cuales son mujeres y niños y muchos más civiles, incluidos policías, los hospitales están funcionando con electricidad de emergencia, la canalización del agua y las aguas residuales se está viniendo abajo y las necesidades básicas no están disponibles.

En este sentido, Gaza no es el sur del Líbano: no hay una tierra por la cual la población pueda escapar. Las fronteras de Gaza con Egipto e Israel están totalmente bloqueadas y eso deja sólo el mar, donde hay un bloqueo naval israelí.

El bloqueo sobre Gaza no es nada nuevo y esto es crucial para entender también la situación política. Desde la retirada de Israel en 2005, e incluso durante los seis meses de alto al fuego, se impuso un bloqueo sobre Gaza (a veces más duro, a veces menos). El castigo colectivo nunca es bueno desde un punto de vista moral, y tampoco tiene sentido político: no se crearon los incentivos necesarios entre los palestinos para apoyar un alto al fuego continuo. Por el contrario, después de seis meses en los que no hubo ninguna víctima mortal y la vida empezó a volver a la normalidad en las comunidades del sur, hoy hay fuego de cohetes que llegan más lejos que nunca e incluso las escuelas están cerradas.

Un último pensamiento. Todo esto es terrible para Israel: la ira que se está generando entre los palestinos y que alcanzará a las generaciones futuras; la inmoralidad de esta crisis humanitaria; el posible desastre de quedarnos atascados en Gaza y la posibilidad de que esto no traiga ni paz ni seguridad para un país que yo he adoptado como mi casa y que me encantaría de veras ver en días mejores, mucho mejores. —

— DANIEL LEVY

*Traducción de Ramón González Férriz*

---

## EL RETO DE OBAMA

---

**H**ay una frase en una novela cómica de P.G. Wodehouse en la que el protagonista comenta que “inadvertido, al fondo, el destino llenaba de plomo el guante de boxeo”. Conozca o no el texto, el presidente electo Barack Obama debe estar sintiendo algo parecido; debe estar sintiéndose emboscado precisamente por una crisis que él y sus colaboradores no creían que tendrían que enfrentar tan pronto llegaran a su nuevo puesto.

Esto no quiere decir que esperaran navegar en aguas tranquilas. Al contrario, la campaña de Obama se basó en la premisa de que durante los ocho años de su presidencia, George W. Bush estropeó las dos guerras—Iraq y Afganistán—, y prácticamente todas las áreas de la política interna, desde la seguridad social, pasando por la infraestructura, hasta la educación. Antes del otoño de 2008, cuando los estadounidenses finalmente comprendieron el alcance real de la crisis financiera, la campaña de Obama insistía una y otra vez en esos temas, por ejemplo el ambicioso plan del candidato para instaurar un seguro médico universal. En gran medida, Obama percibió que podía retomar el mantra de la campaña de Bill Clinton en 1992: “es la economía, estúpido” (*it's the economy, stupid*). Y una vez que la gravedad de la situación económica les quedó clara a todos —y de paso y no por azar, terminó con cualquier esperanza del senador John McCain de llegar a la presidencia—, el énfasis de Obama cambió para prometer lo que de hecho era una versión siglo XXI del New Deal de Franklin Delano Roosevelt.

Sin duda, ni Obama ni su círculo interno se imaginaron que la disputa entre Israel y Palestina sería un asunto central para los primeros días de su presidencia. Aparte de su convicción para terminar la guerra en Iraq y rescatar los esfuerzos militares en Afganistán —ambos (muy efectivos) palos con los cuales azotar a George W. Bush—, la campaña no parecía apasionada en asuntos de política exterior. Para ser claros, Obama diligentemente realizó viajes a Europa y a Israel (que ni él ni sus consejeros creyeran necesario ir a Japón, la India, ya no digamos China, es digno de notar). Pero estos viajes fueron más para mandar un mensaje a ciertos votantes estadounidenses preocupados —la élite de la política exterior en el caso de la ida a Europa Occidental; los votantes judíos y evangélicos en el caso de Israel: aunque fuera inexperto, sus méritos en relaciones exteriores eran más que adecuados.

El ataque israelí a Gaza ha cambiado todo eso. Porque será imposible que la administración Obama se libere de tomar decisiones tajantes con respecto a la crisis. Seguir apoyando la campaña militar de Israel, que de continuar seguramente implicará un número creciente de fatalidades civiles, significa dar carpetazo a cualquier posibilidad de modificar las reacciones inmediatas, casi reflejas, de George W. Bush a prácticamente cualquier cosa que el gobierno israelí decidiera hacer (excepto, como se supo hace poco, bombardear los reactores nucleares iraníes). Pero aun dejando de lado todas las cuestiones del cabildeo israelí, el apoyo a Israel, aunque menor que en la generación pasada, sigue siendo muy alto. Por eso, enfilarse hacia una actitud más balanceada entraña un alto riesgo político.

El primer ministro israelí Ehud Olmert pudo haber exagerado cuando dijo a un periódico israelí que había logrado que interrumpieran al presidente Bush a la mitad de un discurso para insistir, con éxito, en que la secretaria de Estado Rice no votara a favor de la última resolución en Naciones Unidas que

pedía un cese al fuego en Gaza. Sea exageración o no, no queda duda de que el hábito de darle carta blanca a Israel es algo ya muy enraizado en Washington. Y que Obama haya decidido designar a Hillary Clinton, una mujer pro Israel, como secretaria de Estado (y convertir a quien fuera negociador en Medio Oriente con el presidente Clinton, Dennis Ross, en enviado especial para Israel y Palestina) sugiere que habrá más continuidad en la política estadounidense para esa región de la que los seguidores más encandilados de Obama esperaban.

Dicho esto, a menos que los israelíes reduzcan la Operación Plomo Fundido, el equipo de Obama puede verse obligado a intervenir, lo quieran o no. Porque lo que empezó como una expedición punitiva de las fuerzas israelíes, es ahora una operación militar sin una meta clara ni asequible. Es por eso que, por lo menos de acuerdo con la prensa israelí, los políticos, en especial la ministra de Relaciones Exteriores, Tzipi Livni, están prolongando la campaña a pesar de las objeciones de algunos altos mandos militares.

Desde la perspectiva de la nueva administración, alargar la operación lo único que lograría sería interferir con iniciativas como las renovadas negociaciones con Irán, una más profunda reconciliación con Europa occidental —lo que lograría mayores compromisos en cuanto a soldados europeos en Afganistán—, y un intento mucho más amplio de extinguir los fuegos antiestadounidenses que arden por todo el mundo islámico. La interrogante está en saber si el presidente Obama asumirá el riesgo político interno que inevitablemente trae consigo tomar una línea menos complaciente con Jerusalén. Obama puede creer que está arriesgando suficiente con su apuesta por un mayor gasto deficitario como la medida que sacará a flote a una renqueante economía estadounidense. Pero si, para la nueva administración, cuando se trate de Israel y Palestina las cosas siguen como hasta ahora, el precio que habrán de pagar probablemente sea un mayor deterioro de la posición estadounidense en el mundo islámico —algo que sin duda el equipo de Obama no habría tenido en mente.

— DAVID RIEFF

© 2009, David Rieff

Traducción de Pablo Duarte

---

## LOS POSIBLES ESCENARIOS

---



Qué sigue? Aquí hay algunas de las consecuencias posibles que es preciso vigilar en los días y en los meses por venir:

**La respuesta de la Jihad.** Es casi seguro que Hamás reanudará sus ataques suicidas. Y seguramente más árabes del este de Jerusalén emularán a los dos terroristas solitarios que, a principios de año, secuestraron tractores en algunas cons-

trucciones de la ciudad y se lanzaron a matar. Los años de los ataques suicidas fueron los peores para los israelíes desde la guerra de 1948, y ellos no tolerarán que se les convierta en una nación de resguardados, temerosos de congregarse con sus conciudadanos, ni que se les obligue a ceder sus espacios públicos al terror. Dado que la IDF [Fuerza de Defensa Israelí] se ha transformado en la fuerza antiterrorista más efectiva del mundo, los intentos de Hamás por lanzar lo que sus líderes han llamado una “tercera intifada” fracasarán. Los judíos de la diáspora, sin embargo, pueden ser los más vulnerables a estos ataques vengativos. Una de las máximas prioridades de la comunidad debe ser incrementar la seguridad en las instituciones judías alrededor del mundo.

El regreso del terrorismo a las calles de Israel probablemente signifique la reanudación de los asesinatos selectivos de los líderes de Hamás, quienes se hallan en la clandestinidad. Esta política fue efectiva en el pasado: cuando Israel asesinó al líder espiritual de Hamás, Sheikh Yassin, en 2004, Hamás no respondió a pesar de los augurios apocalípticos pronunciados por los críticos de Israel. Lo que los israelíes aprendieron entonces fue que a los terroristas sí se les puede disuadir por la fuerza.

El peligro más grande viene de la frontera norte. A pesar de su actual recato, sin duda propiciado por la oposición al interior del Líbano a otra aventura de Hezbolá contra Israel, Hezbolá estará tentado a abrir un segundo frente en solidaridad con Hamás si el conflicto se agudiza. En semanas recientes, los líderes de Hezbolá han amenazado con lanzar ataques contra Israel en respuesta al sitio de Gaza; ahora la credibilidad de Hezbolá está siendo puesta a prueba.

**Las opciones de Israel.** Hay tres posibles escenarios para el futuro de esta operación.

El primero es que el gobierno opte por un ataque limitado cuyo objetivo no sea el derrocamiento del régimen de Hamás sino simplemente alcanzar mejores términos para la próxima ronda de cese al fuego. El argumento para una operación limitada es que los hombres de Mahmud Abbas no están listos para quitarle a Hamás la franja —y aunque lo estuvieran, cargarían con el estigma de ser colaboracionistas si tomaran control de Gaza gracias a las acciones de Israel.

El segundo escenario es el derrocamiento de Hamás y dar control de la franja a alguna fuerza extranjera —idealmente a Egipto, como lo ha sugerido el principal negociador de la Autoridad Palestina, Saeb Erekat. Es dudoso, sin embargo, que Egipto acceda a relevar a Israel del peso de Gaza. Y la OTAN ha dicho oficialmente que no se comprometerá a llevar tropas de paz a los territorios palestinos.

La tercera opción es comenzar con la primera, una operación limitada, pero, conforme se intensifiquen los combates, nos veríamos obligados a implementar la segunda opción, una guerra total contra Hamás. Esa puede ser la opción menos

deseable de todas, ya que deja a Israel vulnerable a eventos que están fuera de su control. Pero dadas las experiencias israelíes previas, ese puede ser el escenario más probable.

**La bomba iraní.** La cuenta regresiva para que tengamos un Irán nuclear está midiéndose no en años sino en meses. Pocos en Israel creen que los esfuerzos diplomáticos del presidente Obama logren algo; y si esos esfuerzos fallan, no habrá suficiente tiempo para convencer a la comunidad internacional de que adopte sanciones efectivas. El peligro del conflicto actual en Gaza, entonces, es que Israel estará demasiado preocupado en su enfrentamiento con Hamás y quizá con Hezbolá para responder adecuadamente ante la amenaza iraní. El conflicto en Gaza, sin embargo, puede tener el efecto opuesto, especialmente si la IDF pierde el enfoque y de pronto se descubre en una batalla imposible de ganar. Los políticos israelíes pueden empezar a preguntarse acerca del sentido que tiene luchar contra los representantes de Irán cada cierto número de años, en lugar de confrontar a Irán directamente, dada la urgencia de detener a un Irán nuclear.

**El destino de la solución de dos Estados independientes.** Es posible que el futuro de Cisjordania se decida en Gaza. Si la comunidad internacional obliga a la IDF a terminar la operación antes de que la amenaza balística contra el sur de Israel se resuelva, los israelíes inevitablemente concluirán que, aun cuando nos reacomodemos de acuerdo a las fronteras de 1967, como lo hicimos en Gaza en 2005, la comunidad internacional no nos permitirá protegernos a nosotros mismos. Y la probabilidad entonces de convencer a los israelíes de retirarse de Cisjordania —ya que es fácil alcanzarla con misiles desde nuestros mayores centros urbanos— será casi inexistente. Al final, entonces, la creación de una Palestina independiente estriba en neutralizar a Hamás.

**La respuesta árabe moderada.** Hace cosa de seis meses, durante una reunión con un alto oficial palestino, me sorprendí cuando me preguntó como si nada: “Entonces, ¿para cuándo es que ustedes van a invadir Gaza?” “¿Quiere decir que eso es lo que usted desea?”, le pregunté. “Si quieren un acuerdo de paz”, contestó, “no tienen otra opción”. Nunca me esperé que esa postura se hiciera pública, pero algunos líderes árabes —incluido Hosni Mubarak de Egipto e incluso el irresponsable Abbas— se han acercado tanto como se atreve un líder árabe a manifestar su apoyo al ataque de Israel, al condenar a Hamás por provocarlo.

En los noventa había la esperanza de que un “nuevo Medio Oriente” emergiera de las pláticas de paz. Para Israel, eso resultó ser casi una ilusión fatal. Ahora, empero, un nuevo Medio Oriente puede estar en ciernes —no a través de la paz, sino a través del conflicto. Y en este nuevo Medio Oriente los árabes moderados están alineándose con Israel, en contra de

Irán y sus representantes. Esta es la razón por la cual algunas de las naciones árabes, incluyendo Arabia Saudita, condenaron a Hezbolá y no a Israel en la fase inicial de la segunda guerra de Líbano. Y esta es la razón por la cual gran parte del mundo árabe no condenó el ataque aéreo de Israel contra un reactor nuclear en Siria —un reactor que en realidad era, de acuerdo con un reporte de inteligencia, una futura fábrica de armas nucleares para Irán.

**Árabes israelíes.** La frágil pero resistente red de decencia que une a muchos judíos israelíes con árabes israelíes está una vez más siendo sometida a una prueba casi imposible. Aun ahora, árabes e israelíes continúan trabajando juntos, y árabes todavía compran en áreas judías. La angustia que siente el millón de árabes ciudadanos de Israel por el destino de los palestinos en Gaza debe ser respetada por la mayoría judía. Pero los árabes israelíes también deben entender la desesperación de sus vecinos judíos. En lugar de eso, los miembros árabes del parlamento israelí han culpado enteramente a Israel por el conflicto, y se han alineado con Hamás y con Irán.

Para aquellos que estamos comprometidos con la integración árabe a la sociedad israelí y a que formen parte de la identidad nacional, estos son tiempos deprimentes. Los extremistas entre los árabes israelíes y los judíos están marcando la pauta y reforzando el argumento de la imposibilidad de coexistir. Sin voces fuertes que respondan desde ambos bandos, los grandes ganadores de todo esto serán el partido Yisrael Beiteinu, que ve a los árabes israelíes como quintacolumnistas, y el Movimiento Islámico pro Hamás, que está incitando a algunos árabes israelíes a la violencia. En la ciudad árabe israelí de Um El Faham varios cientos de personas lanzaron bombas molotov a una pareja judía que se acercó a una gasolinera a cargar combustible y apenas se salvó de ser linchada.

**Elecciones en Israel.** Israel tiene elecciones programadas para este mes. Pero aunque nadie lo está diciendo en voz alta esas elecciones probablemente se pospongan si el conflicto crece. La buena noticia es que, con toda certeza, se formará un gobierno de unidad nacional, lo que permitirá una dosis de consenso para compensar el escueto liderazgo que hay en esta generación de políticos israelíes. La mala noticia es que quizá no haya otra opción que seguir con Ehud Olmert como primer ministro.

**Gilad Shalit.** En un mitin reciente en Gaza, Hamás escenificó una obra acerca de Gilad Shalit, el soldado israelí secuestrado. El personaje de Shalit pedía ser regresado a su mami y a su papi, mientras los miembros del público reían. Para los israelíes, ese fue un momento formativo y el recordatorio de la naturaleza del enemigo que Israel enfrenta.

De todos modos, una razón por la cual Israel quizá se refrene de entrar en una guerra total contra Hamás es la preocupación por el destino de Shalit. Es difícil sobreestimar lo sensible que es la política israelí al asunto de sus prisioneros de guerra. Livni provocó una manifestación afuera de su casa cuando dijo que quizás Israel no sea capaz de regresar a Shalit. Gilad Shalit es hijo de todos. En cualquier discusión acerca de si Israel debe pagar el exorbitante rescate exigido por Hamás –la liberación de cientos de asesinos afiliados a Hamás, presos en cárceles israelíes–, alguien inevitablemente dirá: “¿Y qué harías si fuera tu hijo?”

Mientras la operación se mantenga limitada, Hamás mantendrá a Shalit vivo. Y si hubiera un nuevo cese al fuego los líderes israelíes insistirían en incluir a Shalit en el acuerdo –y sin sacar de sus prisiones a los terroristas responsables de las peores atrocidades de la segunda intifada.

Al momento de escribir este artículo, una operación por tierra parece inminente. Quizá sea necesaria para impedir que Hamás continúe disparando misiles contra el sur de Israel, pero sin duda esta incursión provocará más fatalidades en Gaza. Y eso a su vez incrementará la presión internacional contra Israel y minará el consenso hacia dentro del país, consenso que es imprescindible para el éxito de la operación. La izquierda sionista israelí, que hasta ahora apoya al gobierno, ha limitado su respaldo solamente a una operación. Aún no sabemos qué es lo que el gobierno ni qué es lo que el ejército cree poder lograr. ¿Qué constituiría una victoria? ¿De qué manera capitalizaremos el éxito militar en una ganancia política? ¿Será suficientemente fuerte el gobierno como para resistir la presión mundial, incluso si sucediera un accidente desastroso que provocara muertes de civiles palestinos? Pero sobre todo lo que se necesita es paciencia, y la plena conciencia, entre los israelíes y nuestros amigos en el exterior, de que esta lucha es parte de una guerra mayor contra un jihadismo cambiante, de un extremo del mundo al otro, y una guerra cuyo resultado definirá a nuestra generación. –

– YOSSEI KLEIN HALEVI  
© *The New Republic*  
Traducción de Pablo Duarte

---

## EL FIN DE LA GUERRA

---

 Cuáles son las perspectivas de este trágico enfrentamiento a la luz de los motivos brevemente reseñados y considerando el desenvolvimiento de las operaciones militares y de los arbitrajes propuestos por Francia, Egipto y las Naciones Unidas?

Considero que las acciones militares –aéreas, marítimas y terrestres– continuarán por lo menos una semana más, acaso dos, hasta destruir la mayoría de los túneles que sirven a los dieciséis mil efectivos de Hamás, ya como bases de resistencia y agresión, ya como depósitos de las armas suministradas por Teherán. Es probable que Israel no logre plenamente esta meta. Deberá aceptar una tregua concebida y aprobada por la ONU con el firme respaldo del presidente Obama. Pero si los términos de este anticipable giro implicaran el envío de fuerzas internacionales que pongan firmes obstáculos al tránsito de armas a la franja a través del Sinaí y del llamado Eje de Filadelfia, es verosímil suponer que Hamás no aceptará este arreglo. En tal caso, Israel proseguirá la ofensiva durante un corto periodo hasta derribar a Hamás y ofrecer a Al Fatah, de común acuerdo con Egipto, Francia, Alemania y Estados Unidos, el gobierno de la franja.

Esta nueva constelación regional y política alentará las gestiones de paz iniciadas por el actual gobierno de Ehud Olmert con el activo arbitraje de Turquía. Incluso si una coalición de derecha gana las elecciones de este mes, le será sumamente difícil desandar los pasos ya dados hacia una reconciliación regional. Por tres razones:

La primera: hay signos visibles de fatiga en el país y, principalmente, en la juventud israelí para sustentar y tomar parte activa en un conflicto que abarca un siglo. El número de muertos es un precio que se antoja ya excesivo, especialmente en los últimos años. Además, la corrupción de los gobernantes ha llegado a niveles insostenibles para la democracia israelí.

La segunda: Washington, bajo de la tutela de Obama y con el debido apoyo de la Unión Europea, parece resuelto a poner fin a esta secular contienda regional que pone en peligro el abastecimiento fluido a Occidente de petróleo a precios razonables y las voluminosas inversiones extranjeras en Arabia Saudita y en los países del Golfo. La alta probabilidad de una guerra civil religiosa en Iraq como resultado del retiro anunciado de las tropas norteamericanas apresura y acentúa la necesidad de forzar soluciones en el secular y trágico conflicto palestino-israelí.

Finalmente: la proximidad de Irán al poder nuclear trastorna bruscamente la situación y los futuros del Medio Oriente. Se perfilan en este contexto dos escenarios: primero, la parálisis del empeño iraní, ya sea a través de severas sanciones económicas y militares, ya sea merced a una componenda similar a la concertada por Estados Unidos y Corea del Norte; segundo, la cristalización de un (des)equilibrio del terror atómico en una región inestable, donde la irracionalidad impera.

Como nos instruye la Historia, se arriba al fin de las tragedias colectivas más por los agujeros del miedo que por los ardores de la generosidad. –

– JOSEPH HODARA